

el lugar de su penitencia; todos los instantes vuelan á la mansion eterna las almas purificadas por esta efusion expiatoria; y si alguna no ha purgado todavía sus pecados, y se vé destinada por la mano de Dios á este lugar de penitencia, nos grita sin cesar, diciendo: amigos míos, dadme testimonios de vuestra sensibilidad y compasion; pero no esos testimonios estériles que aquejan á los infelices sin aliviarlos: nuestro comun libertador nos espera en el altar: aquí podeis abrir esas fuentes, cuyas aguas purificantes extinguirán las llamas que nos consumen, apagarán la sed que nos devora, lavarán nuestras manchas y nos harán los objetos de las delicias de un Dios, que nos mira todavía con ojos de justicia; pero, que no ha olvidado que somos sus hijos y que sois nuestros hermanos.

Pero, dejemos para otra *instruccion* la continuacion de esta materia, y empecemos á sacar de la meditacion de esta primera verdad una consecuencia que servirá para animar nuestra fé; y es, que un sacrificio que reúne tantas grandezas y tantas ventajas, exige de todo el que le presencia, el respeto más profundo, el reconocimiento y el amor más perfecto.

Dignaos, Señor, de formar en nosotros estas disposiciones, dignaos aumentarlas á medida que conozcamos la excelencia de esta oblacion, para que sea para nosotros el sacramento de la salvacion eterna. Así sea.

MISA.

(SACRIFICIO DE LA)

III.

*Christus pontifex petrorum bonorum
per perfectius tabernaculorum intravit
semel in sanctu.*

Cristo, pontifice de los bienes venideros,
entró una sola vez en el santuario por me-
dio de un tabernáculo más excelente.

(HEBR. IX, 11 y 12.)

Nunca diríamos bastante si, á ejemplo del apóstol san Pablo, quiésemos comparar los caracteres del antiguo culto con los del culto nuevo; las prerogativas del testamento dado por Moisés, con las ventajas de la alianza hecha con Dios por Jesucristo; el mérito de los sacrificadores de una ley de muerte, con el poder del sacerdote de la ley de gracia; y el precio de las víctimas carnales, con la eficacia de la hostia viva y verdadera. En la *instruccion* pasada os hemos dicho lo bastante para hacer sensible esta comparacion, y para conocer la excelencia del sacrificio que se ha subrogado en lugar de las oblaciones antiguas; pero, como esta es una materia de grande importancia, no parece fuera de propósito insistir sobre ella; porque aunque no nos sea posible medir su grandeza, á lo ménos lo será el enseñarnos las disposiciones que nos prescribe este misterio. Vamos, pues, á probar, que todo es santo en el sacrificio de la Misa. A. M.

1. Dios es el fin á que se dirige el sacrificio del altar y á quien únicamente se refiere este homenaje; y aunque es infinitamente santo y grande por su naturaleza, en este sacrificio se le hace un homenaje infinito de reparacion y de reconocimiento por parte de la criatura: se le hace tambien un homenaje perfecto de dependencia, porque el más santo de los hijos de los hombres, el Primogénito de los predestinados y el Jefe de los escogidos se consagra en este sa-

crificio al servicio de su Padre, en nombre de todos los que se ha dignado asociarse en cualidad de miembros, de hermanos y de coherederos de un mismo reino. Por tanto, para nosotros es este un sacrificio de consagracion, porque la sangre que Jesucristo derrama, es la sangre de la nueva alianza, mediante que por su virtud paga el hombre á Dios, no solo todo lo que le debe, sino todavía mucho más. Siendo imperfecto, como lo es, por su naturaleza, no le hubiera exigido, viviendo en la inocencia, otro sacrificio que el que convenia á una criatura humana, á saber, el de un corazon puro y fiel, contenido en los límites estrechos que circunscriben las virtudes de un ente finito; pero, en el sacrificio de la misa la oblacion no tiene límites, el mérito de la víctima no tiene medida; y diciendo Jesucristo á su Padre: *hé aquí que vengo*, es como si le dijese, hé aquí en mí cuanto puede honraros más en vuestra criatura, á saber, un espíritu que solo piensa en vos, un corazon que solo se dedica á amarnos, una voluntad pronta siempre á obedeceros, y un cuerpo que no tiene facultades sino para inmolarlas á vuestra gloria. ¿Qué podeis exigir del hombre que no encontréis en mí? El hombre os debe el primer homenaje de su corazon, y yo, desde la eternidad misma, os he dicho: *hé aquí que vengo*. El hombre os debe un amor perfecto, que no se acaba sino con su vida, y el homenaje de mi corazon se perpetúa de siglo en siglo y no tiene otro término que la eternidad. ¿Cómo, pues, no encontrará Dios en un homenaje tan perfecto, no solamente el de nuestra dependencia, sino también la reparacion más completa de los ultrajes que ha recibido de nuestra parte? Cualquiera que sea la extension que se dé al pecado, y aunque sea de fé que nuestras culpas limitadas respecto del pecador, son inmensas respecto al objeto ofendido, podemos tener una entera confianza en la víctima que se ofrece por nosotros, porque la malicia del pecado no puede exceder al mérito de Jesucristo, el cual ofrece una expiacion proporcionada á la magnitud de la ofensa y á la santidad del ofendido. Sé muy bien, que nuestros pecados llevan consigo un carácter de ingratitud, de injusticia y de infidelidad, que ultrajan sobremanera la santidad de Dios, su justicia y su misericordia: también sé, que el pecado contradice la sabiduría de su providencia, y que siempre que nuestro corazon se abandona, renueva el atentado cometido por los ángeles malos, y se esfuerza para colocarse en el trono del Eterno; pero, yo veo que cada uno de los atributos de Dios recobra sus derechos en el sacrificio de Jesucristo en el Altar. Aquí es donde Dios ejerce sobre el hombre, en la persona de su Hijo, el imperio absoluto y el dominio soberano de que goza exclusivamente; y al mismo tiempo que el rigor de su

justicia le impone los castigos debidos al pecado, la extension de su misericordia le prepara un medio siempre subsistente de volver á entrar en su gracia. Aquí es también donde nuestras ingratitudes se reparan por medio del homenaje del reconocimiento más completo. Como la riqueza de Dios es infinita y nosotros somos tan pobres, no podemos ofrecerle unas víctimas proporcionadas á su grandeza. Por otra parte, todo cuanto tenemos, lo hemos recibido de su mano; y en realidad, nada podemos darle que no sea suyo. Por eso nos abre sus propios tesoros, para pagar todas nuestras deudas: su ingeniosa caridad nos proporciona como uno de ellos la Víctima eucarística, que por sí sola es suficiente para corresponder á la inmensidad de beneficios y de gracias que derrama todos los dias sobre nosotros; y aunque sea inagotable el manantial que los produce, no es ménos fecundo ni abundante aquel de donde sale nuestro reconocimiento. En efecto, siempre que tomamos el cáliz de la salud, y que unimos nuestras oraciones con las de Jesucristo, nuestro perpétuo intercesor, podemos estar seguros de que nuestras ofrendas y nuestros votos llenan toda la extension de nuestras obligaciones.

Esta confianza se funda sobre la santidad del que ofrece el sacrificio. La Sabiduría eterna es la que hace la eleccion de la víctima; y siendo la caridad eterna quien la ofrece, no puede ménos de ser digna del Dios á quien se dirige. El estado de anonadamiento á que se reduce Jesucristo en el altar, no debilita ninguna de sus perfecciones, ni le despoja de ninguno de sus atributos, ni le priva de los derechos que la da su naturaleza divina. En este sacrificio es el esplendor del Padre, el objeto de sus delicias y su Hijo muy amado, como ya lo era desde la eternidad misma. Unido á los pecadores, pero, separado de su iniquidad; cubierto de todas nuestras llagas, y libre de todas nuestras flaquezas; semejante á nosotros en todo, y superior infinitamente á nosotros por su esencia; nuestro hermano, segun la carne, y al mismo tiempo el Hijo del Altísimo, nos presenta cuanto puede animar nuestra confianza, cuanto puede atraer nuestros corazones, y Dios encuentra en él todo lo que puede fijar las miradas de su misericordia y de su amor. ¿Podrá el Sér supremo desechar una víctima, con quien tiene una perfecta igualdad; una hostia, que adoran los ángeles con la mayor sumision; un sacrificio, del cual no son más que una figura todas las antiguas oblaciones? ¿Qué es, hermanos míos, lo que veríamos en el altar, si nos fuese dado penetrar el velo que nos oculta á Jesucristo, en el momento en que el sacerdote pronuncia las palabras adorables que obran este inefable prodigio? El Discípulo muy amado, en el libro profético de sus revelaciones na-

da nos dice que nos dé una idea capaz de acercarnos con mucho al espectáculo que se ofrecería á nuestros ojos. Los nombres de Jerusalem y de ciudad de Dios, las descripciones maravillosas que nos hace de sus murallas transparentes como el cristal, y de sus puertas embutidas de piedras preciosas, solo son vanas sombras, si puedo hablar de esta manera, en comparacion de la grandeza y del resplandor de un espectáculo tan maravilloso. El Hijo del Eterno, rodeado de esa muchedumbre de espíritus bienaventurados que publican sus victorias, ofrece á la Majestad divina su obediencia y su humildad, para expiar y destruir nuestro orgullo; su paciencia, para calmar nuestras murmuraciones; sus tormentos, para domar nuestra sensualidad; su sangre, para lavar nuestros pecados, y sus lágrimas, para extinguir el fuego de nuestras pasiones. Pero callemos, porque nuestra lengua no hace más que tartamudear, cuando quiere hablar de un misterio tan inefable. El corazón, si es capaz de conocerlo, no puede explicar lo que es un Dios, que se ofrece á Dios, y que se entrega por los pecadores para rescatarlos del pecado; por lo cual si alguno quiere penetrarse de la santidad de este misterio, debe juzgar de él por sus efectos.

Este sacrificio es santo por los motivos que lo han determinado: estos motivos eran conocidos mucho tiempo ántes que se cumpliera y consumase el misterio: David habia dicho, que *la misericordia y la verdad se saldrian al encuentro, y que la justicia y la paz formarían una alianza mútua*; y Daniel, que lo vió de más cerca, dijo tambien, que *la abolición del pecado y el establecimiento del reino de la justicia serían sus frutos*: el pecado destruido es, pues, la primera ventaja que debemos buscar. Cuando nos presentamos en el altar, llevamos á él nuestros pecados personales y los del pueblo, para ofrecerlos á Dios por Jesucristo, como una víctima de anatema. Los gemidos de nuestro corazón, cuando son sinceros, y el espíritu de penitencia y de contrición, cuando es verdadero, son, en alguna manera, el cuchillo que degüella la víctima, y la caridad de Jesucristo es el fuego que la consume.

2. Hermanos míos, se habla con frecuencia del pecado en las oraciones que componen la liturgia, pidiendo á Dios que nos mire con ojos de misericordia, y que fije su atención en la fé de su Iglesia y la santidad de la hostia; pero nuestras disposiciones serán siempre insuficientes, si no llevamos á este sacrificio un dolor vivo y eficaz. El pecado es un obstáculo poderoso á las gracias abundantes que corren desde el altar. ¿Qué cosa más opuesta al espíritu de Jesucristo que el pecado? ¿Será posible, que en el tiempo mismo que el Salvador se

ofrece para destruirlo y para establecer el reino de la justicia, el pecador endurecido y ciego le declare una guerra violenta, y de union con su enemigo, se oponga á sus designios, y procure destruir sus obras? Cristianos, Jesucristo baja al altar para sustituir la Justicia eterna al pecado; es decir, que la justicia desterrada en un tiempo de la tierra, se prepara ahora un asilo perpétuo en el sacramento, á fin de que si la buscamos, podamos encontrarla.

No la busquemos, nó, ni aún en la sociedad de los hombres más irreprehensibles en la apariencia: ellos tiran siempre por alguna parte á la corrupcion universal; y aunque trabajen para purificarse de la levadura del pecado, esta levadura, segun la expresion de san Pablo, ha comunicado á toda la masa una infeccion que no puede el hombre destruir; pero nosotros tenemos un Santísimo como el que se contenia en el tabernáculo de Israel, el cual no es en modo alguno inaccesible al pueblo: todos pueden entrar en él por la fé, que es el velo que le roba á nuestros ojos, y todos pueden participar de esta santidad eterna, si no de una manera perfecta en la tierra, á lo ménos de una que sea proporcionada á nuestras necesidades. Hagámonos, pues, como Daniel, hombres de deseo; y lo que él decia con un espíritu profético, digámoslo nosotros con espíritu de oracion, á saber, que reine siempre la Justicia eterna; que establezca su reino en nuestros corazones, sometiendo la carne al espíritu, nuestra voluntad á la suya y nuestras pasiones á sus leyes; en fin, que establezca su reino en el seno de las familias, para que nunca se alteren la subordinacion, la caridad y la paz.

El sacrificio del altar produciría ciertamente todos estos efectos, si los que lo presencian conociesen su espíritu y llevasen las disposiciones que exige. ¿Sería posible, que si los cristianos estuviesen unidos á Jesucristo, fuente de toda justicia y principio de toda santidad, inmolando á los piés de sus altares todos sus afectos carnales; sería posible, digo, que se entregasen á los deseos corrompidos de su corazón? Hermanos míos, no atribuyamos á la ineficacia del sacrificio el poco fruto que obra entre nosotros, sino á la imperfeccion de nuestra fé. Estudiando estas verdades con más atención, meditándolas con más respeto y practicándolas con más fidelidad, si Dios nos da su gracia, haremos sin duda más aprecio de nuestros santos misterios. Entónces no llevaremos á ellos ese espíritu de tibieza y de irreverencia; ya no asistiremos con ese disgusto que hasta aquí hemos tenido, y no saldremos de ellos con el mismo gusto y la misma inclinacion al pecado.

Dignaos, Señor, formar y oír en nosotros este deseo: vos nos da-

reis, sin duda, lecciones eficaces, para que lleguemos á conocer el honor que os resulta de este misterio; vos, Dios mio, podeis animar en nosotros el homenaje que esperais de nuestro corazon. Unid al santo sacrificio perfecto de Jesucristo la oblacion imperfecta, pero entera y libre de nuestra voluntad y malas inclinaciones, á fin de que vengamos á ser todos con él una hostia digna de vuestras miradas en el tiempo, y de vuestra misericordia en la eternidad. Asi sea.

MISA.

(DISPOSICIONES QUE DEBE LLEVAR EL CRISTIANO Á LA MISA.)

IV.

Fide plurimam hostiam Abel, quum Cain, obtulit Deo.

La fé es por la que Abel ofreció á Dios un sacrificio mas excelente que el de Cain.

(HEBR. XI, 4.)

La letra de la ley, cuando no va acompañada del espíritu, causa siempre la muerte al que la sigue, como lo manifiesta la Escritura en la persona de Cain, y lo confirma la experiencia en la conducta del mayor número de cristianos que asisten al sacrificio de la Misa. El primero de los homicidas ofreció con toda exactitud el sacrificio indicado por la ley natural. Cultivando los árboles que la Providencia habia criado para la subsistencia del hombre, ofrece los mejores frutos que producen, y cumple exteriormente con tributar á Dios este homenaje, como una señal de su dependencia. Si consideramos á Cain ocupado en este religioso ejercicio, no podremos ménos de mirarle como un adorador fiel de la Divinidad; pero, su corazon le quitaba al sacrificio todo su valor, porque carecia de la justicia, y porque no caminaba como Abel su hermano por los caminos de la inocencia y la simplicidad. Los cristianos tambien concurren como de tropel á nuestros templos á las horas en que se celebra el santo sacrificio del al-

tar, y aunque el mayor número se presenta con una indevoción sensible y criminal, muchos, sin embargo, denotan con su aire modesto y devoto un exterior de verdaderos adoradores. Pero ¿por ventura una fé pura é ilustrada, una fé viva, activa y firme, anima sus acciones, santifica su ofrenda y consagra su oblacion? ¿Acaso precede el espíritu de preparacion, que debe disponer nuestras almas al acto más santo y tremendo de cuántos prescribe la religion? La mayor parte de los que asisten al sacrificio carecen sin duda de este espíritu, ó por mejor decir, ni aún lo conocen; y así será muy conveniente que nos dediquemos á estudiar las disposiciones que se requieren en un cristiano para adorar á Jesucristo en el sacramento del altar. Voy pues á explicarlas; pero ántes, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Aunque las oraciones que la Iglesia ha añadido á la antigua liturgia no sean todas de la esencia del sacrificio, y aunque muchas no tengan otro fin que el de prepararnos á la oblacion de la víctima, y que pueda decirse con verdad, que un cristiano que se penetra de los sentimientos que inspiran, está verdaderamente preparado para ofrecer el sacrificio; sin embargo, hay disposiciones que deben preceder á muchas de las oraciones; y así como la Iglesia prescribe á sus ministros que no suban al altar, hasta que estén suficientemente excitados de los diferentes sentimientos que exige su tremendo ministerio, quiere tambien que los fieles no participen de sus funciones, sinó despues de haber participado de las disposiciones destinadas para prepararse. La Iglesia, pues, no exige á la verdad de todos, ni en todas circunstancias, dilatadas efusiones del corazon; pero quiere que tengan muy presente, que cuando asisten á un sacrificio de propiciacion, deben inmolar en sí mismos todos los afectos que la víctima santa va á expiar con la efusion de su sangre. Ella les dice, que una víctima de accion de gracias pide corazones penetrados de reconocimiento por los beneficios recibidos, sensibles á los beneficios ofrecidos y dispuestos á aprovecharse de las gracias prometidas, merecidas y derramadas en un sacrificio tan grande: ella les hace entender que Jesucristo, intercesor universal, ama con preferencia á las almas abatidas bajo el peso de sus miserias, afligidas á la vista de sus flaquezas y persuadidas de su bajeza. Si las graves y multiplicadas obligaciones no permiten á un cristiano que explique por menor todos estos sentimientos, ó que á lo ménos los pruebe todos ántes de presentarse á los piés del altar, la religion le prescribe que se mantenga habitualmente en esta feliz disposicion, y que la renueve con frecuencia, para que

no recite sin atencion y sin fruto las tiernas y sensibles oraciones que preceden á la oblacion divina.

No me parece que debo contar en el número de las preparaciones necesarias la conversion y la confesion de los pecados, porque sin duda sabeis todos, que el pecado es la disposicion más incompatible con el sacrificio de la Misa. El cristiano que tiene una fé viva é ilustrada, conoce la necesidad de presentarse con un corazon puro; y san Cipriano hace un elogio muy particular de los fieles que para asistir al santo sacrificio, hacian una confesion algunas veces pública, pero á lo ménos siempre secreta, de aquellos sentimientos de desaliento y cobardía que les habia inspirado el temor de la persecucion; pero si hoy no se observa esta práctica, subsiste, sin embargo, la obligacion de no presentarse delante del altar, sinó con un santo temblor y con un dolor verdadero de los pecados. La palabra Misa, que significa despedida, y que desde los primeros tiempos servia para designar el tremendo sacrificio, nos trae á la memoria la exclusion formal que hacia la Iglesia de todo pecador escandaloso, y la ley que imponia á los pecadores secretos la obligacion de no presentarse en el altar, sinó con la primera inocencia, ó á lo ménos con un verdadero dolor de haberla perdido, y con un deseo fervoroso de recobrarla. Pero, dejando ya á un lado esta materia, paso á tratar de las disposiciones preparatorias que nos indican las vestiduras sagradas; y aunque la aplicacion de estos diferentes misterios se dirige especialmente á los ministros del altar, los fieles, sin embargo, pueden deducir consecuencias muy importantes.

2. Despues que el dedo del Señor grabó sobre dos tablas de piedra la ley que queria dar á su pueblo, prescribió á Moisés, caudillo de Israel, el órden que debia observarse en las víctimas, las ceremonias por los sacrificios, las vestiduras del sumo sacerdote y las circunstancias que debian concurrir en los ministros para auxiliarle en sus funciones. La Iglesia parece que habla de la misma manera á los sacerdotes de la nueva ley, cuando les prescribe tambien la forma particular de las vestiduras que ha designado para la celebracion de nuestros santos misterios; y como cada una de ellas tiene un sentido espiritual que les recuerda las disposiciones que exigen sus funciones tremendas, les advierte que reúnan toda su aplicacion y su estudio para adquirir los conocimientos necesarios. El modelo que les propone es Jesucristo, que adornado de todas las virtudes, que significan las vestiduras, debe ser para ellos una regla viva que les enseñe á honrarlas con la santidad de sus costumbres. Descendamos desde el sacerdote á los ministros inferiores, y de éstos á los simples

fieles, y digámosles: considerad atentamente las vestiduras con que la Iglesia ha revestido á los que ejercen para con Jesucristo las funciones de sacerdotes y de mediadores. Ellos os designan que sus obligaciones y las de los ministros en general son las mismas, en cuanto al espíritu que debe animar á unos y á otros, y que las virtudes, cuya necesidad está indicada hasta en sus vestiduras, son tambien para los fieles de una obligacion indispensable. Aprended, pues, á conocer el sentido que contienen, y conformad con él vuestra vida.

El ministro se cubre la cabeza ó las espaldas con un velo ó amito, que segun la inteligencia de los más antiguos misales, representa el saco de penitencia que recomendaban al pueblo tantas veces los Profetas del antiguo Testamento, para expiar sus pecados. Tambien representa el yelmo ó casco con que se cubrian los soldados, para defenderse de los tiros del enemigo; y la Iglesia, valiéndose de esta alegoría, pone en la boca del ministro estas palabras: *dignaos, Señor, poner sobre mi cabeza el yelmo de salud; para que yo pueda rechazar los esfuerzos del espíritu tentador*. Un cristiano convencido de que no debe acercarse al altar sinó para fortalecerse contra los ataques del enemigo, debe dirigir á Dios esta misma oracion. El yelmo de salud ¿no ha sido puesto sobre su cabeza en el momento de su regeneracion? El lienzo ó capillo que el sacerdote pone sobre la cabeza al niño despues de bautizarle, ¿no tiene una relacion manifiesta con el que se pone al sacerdote para celebrar el sacrificio de la misa? Por tanto digamos con él: *Dios mio, haced que el enemigo de la salvacion, viendo sobre nuestras cabezas una señal de proteccion para nosotros y de terror para él, puesta por vos mismo, tema vuestro poder; y que todos sus esfuerzos para debilitar nuestro fervor, para turbar nuestro espíritu, para exaltar nuestra imaginacion y conmover nuestro corazon, sean entre sus manos otros tantos tiros embotados por vuestra gracia; y pues este amito nos acuerda el saco y la ceniza, haced que el demonio nos halle siempre penetrados de un arrepentimiento verdadero y del deseo más ardiente de evitar y huir del pecado*. Pero ¿de qué le servirá al cristiano cubrirse con el saco de la penitencia, ni tener su frente defendida con el yelmo de la proteccion de Dios, si expone su cuerpo á los golpes del enemigo y su alma á los tiros con que le amenaza á cada instante?

El sacerdote se reviste del alba, llamada así por su blancura. Esta túnica, que traian en los primeros tiempos las personas más distinguidas de la república romana, y que se daba en la antigua ley á todos los que servian en el tabernáculo, es ahora en la Iglesia la ves-

tidura del sacerdote, para recordarle la gravedad que conviene á su estado, y á los fieles el respeto que deben á su ministerio. El color de esta vestidura debe inspirar á los sacerdotes una pureza de costumbres que los haga irreprehensibles, y los fieles, imitándolos en esta parte, deben tambien purificar su alma de todo pecado.

Así, mientras que el sacerdote dice: *Lavadme, Señor, y purificad mi alma, para que lavada en la sangre del Cordero, merezca gozar de una felicidad eterna*: el pueblo, penetrado de los mismos sentimientos, debe considerar con vergüenza y con dolor el intervalo que entre Dios y él ponen sus pecados é ingratiudes. Debe, pues, solicitar aquella inocencia de costumbres, aquella pureza de corazon y aquella rectitud de conciencia y de espíritu, que pueden hacerle irreprehensible en el tribunal del justo Juez, y adquirirle el derecho cierto á un reino donde todo respira pureza: y pues que el altar es la imágen del cielo; el pan que se come, el de los ángeles; el Dios que se adora, la felicidad de los bienaventurados; y el Cordero que se sacrifica, el Jefe de los santos; el sacerdote y el pueblo deben imponerse la obligacion de ofrecer en este paraíso sensible y en este altar visible unas conciencias dignas del altar sublime del cielo.

Nada es indiferente en una religion donde todo es espíritu; el cingulo mismo, adoptado por todos los que usan un traje talar para su propia comodidad, es una señal para el sacerdote y el pueblo de una virtud tan rara como preciosa: *Poned, Señor*, dice el ministro, *al rededor de mis lomos un cingulo de pureza: extinguid en mi corazon el fuego devorador de una concupiscencia criminal, y haced que el fuego de la caridad ocupe el lugar de los afectos que serian indignos de vos*. ¡Ah, qué desgracia para los ministros y los asistentes, cuyo corazon no esté de inteligencia en estos momentos con sus labios! ¡Qué cargo tan terrible para todos los que no se presenten con verdadera pureza! Jesucristo, hermanos míos, es nuestro modelo: el vino que ofrece en su mesa, es el que enciende en las vírgenes la viva llama de la caridad; y el cántico del Cordero no debe cantarse en el cielo, sinó por aquellos que han sabido conservarse puros é inmaculados.

El manipulo, cuyo origen por su antigüedad se pierde en la noche de los siglos, y que al parecer no presenta á los fieles un objeto de edificacion, es entre todos los adornos sacerdotales el que tiene un sentido más misterioso é instructivo. Las virtudes que nos figura, no son del número de las que la santidad del sacerdocio prescribe especialmente á sus ministros, y cuyo descuido pueda tolerarse en un simple fiel. *Señor*, dice el sacerdote, *que yo merezca llevar este*

manipulo de lágrimas y de dolor, á fin de que reciba con alegría la recompensa de mis trabajos. Si los trabajos apostólicos fuesen los que se prescribiesen solo al hombre, ó si la recompensa se prometiese solo á este género de trabajos, esta oracion tan propia para animar el celo de los sacerdotes del Señor, no presentaria ningun motivo de emulacion y de confianza para los demás fieles; pero, desde que se promulgó la ley general contra todos los hijos de Adán, quedaron vinculados en ellos el trabajo y el dolor. Todos pues están obligados á llevar este yugo; pero todos tambien, desde que Jesucristo lo suavizó con sus tormentos, pueden prometerse la uncion y la gracia que se requieren para llevarlo con paciencia. Por esto el sacerdote pide como una gracia lo que ha sido impuesto al hombre como una penitencia; y así no dice: Señor, que yo lleve, ó sea capaz de llevar, sinó que sea digno de llevar este manipulo de lágrimas y de dolor; es decir, que no sea del número de esos réprobos, que, como dice el Profeta, están dispensados por un fatal privilegio de la pena y del trabajo impuesto á los demás hombres, sinó que sea, por el contrario, del pequeño número de aquellos que Jesucristo ha asociado para llevar su cruz, para llorar con él y para trabajar á su imitacion en la obra de su Padre. Cristianos, ¡oh, qué dichosos si fueseis dignos de esta eleccion!

El origen de la estola nos suministra sin duda reflexiones mucho más extensas, si consideramos que, desde el siglo sexto, habia consagrado ya la Iglesia este adorno para uso de sus primeros ministros; y que, por tanto, estaba prohibido á todos los demás el uso de él siendo como una señal distintiva de su autoridad; pero, por la explicacion de la oracion que dice el sacerdote, podrán deducirse consecuencias mucho más instructivas. *Restituidme, Señor, la vestidura de la inmortalidad, que he perdido por el pecado de nuestro primer padre; y aunque soy indigno de celebrar tan gran misterio, haced que yo merezca la vida eterna*. En esta oracion trae el ministro á la memoria su primera caída y sus continuos pecados, sirviéndose de esta confesion para mover la misericordia de su Dios, que siempre toma parte en nuestras miserias, cuando se le representan con humildad. En efecto, la Iglesia quiere inspirarnos esta virtud, como absolutamente necesaria para conseguir la gracia, y darnos á entender que, á pesar de toda nuestra preparacion, todavía no seríamos dignos de participar de tan santos misterios, si Jesucristo no se dignase dispensarnos su misericordia. ¿Quién de nosotros se tendria por digno de acercarse al tremendo sacrificio? La Iglesia no habla, sin embargo, de esa falta de dignidad, que consiste en una adhesion vo-